

El "Louvre" mexicano

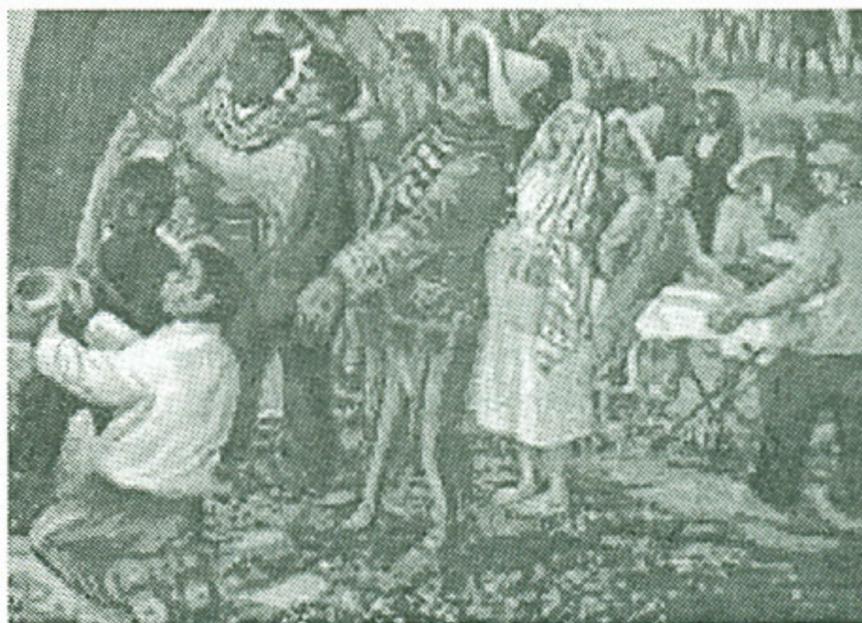


Por Arturo Pacheco Manzano
Alumno de XI trimestre de
Arquitectura

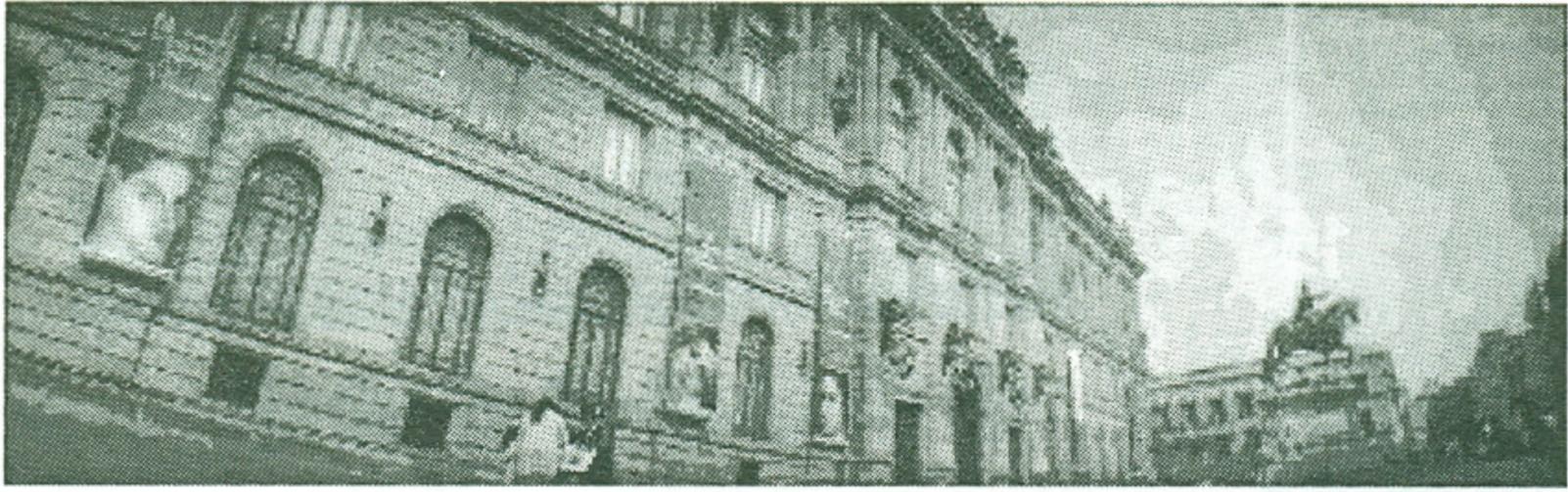
Corría el año 1625, plena época Colonial, cuando Mariana Niño de Aguilar y Melchor de Cuéllar fundaron un noviciado de Jesuitas en un predio céntrico de la Ciudad de México. Andrés de Carbajal y Tapia continuó la obra en 1672. En 1783 por Cédula Real expedida por Carlos III de España, el inmueble comenzó a funcionar como el Hospital General de San Andrés, conservando sus funciones hasta principios del Siglo XX, cuando se inició su demolición.

A principios del siglo XX, el presidente Porfirio Díaz realizó un concurso para la construcción del Palacio de Comunicaciones y Obras Públicas, justo enfrente del Palacio de Minería en la actual Plaza Tolsá. En su afán por imitar la modernidad europea en nuestra nación en los albores del siglo pasado, seleccionó el diseño del arquitecto italiano Silvio Contri.

Los trabajos de construcción se iniciaron en 1904, y poco a poco se pudieron descubrir las formas que



El Globo (Detalle), Ramón Cano Manilla, 1939



MUNAL

combinaban el estilo renacentista florentino con el clasicismo francés en la fachada del edificio, moderno y elegante, que se convertiría en un notable ejemplo de la arquitectura de aquella época.

La estructura del Palacio de Comunicaciones, que se supone debía ser tan moderna como la Torre Eiffel, fue construida totalmente de acero por la empresa neoyorquina Milliken Bros, así se integraron tres cuerpos y cuatro fachadas recubiertas con cantera gris de San Martín Xaltocan (Tlaxcala). Para transportar esta piedra tan pesada, los ingenieros tuvieron que tender vías especiales para que un tren pudiera descargarla en la puerta trasera del edificio, ubicada en la Calle de Donceles. La construcción ya contaba con luz eléctrica, elevadores y un montacargas.

La decoración estuvo a cargo de Mariano Coppedé y algunas piezas fueron traídas desde Florencia, Italia. En este edificio destacan las puertas de acceso y una doble escalera con lámparas y herrería ricamente decorada al gusto neoclásico con figuras de quimeras, así como los trabajos en madera en puertas y techo, el de yeso, mármol y cantera en el decorado, también sobresalen las pinturas alegóricas de los vidrios, así como el mobiliario del salón principal.

El Palacio de Comunicaciones tiene su nombre esculpido en altorrelieve al frente y en lo alto de la fachada, además de otras figuras, por ejemplo, unos leones y el Escudo Nacional.

Este edificio es representativo de la época, no sólo por su estilo arquitectónico sino porque reflejaba la política social del México porfirista, por ello es posible observar, también en la fachada, la diferencia de alturas en cada uno de sus niveles, ya que la altura representaba la importancia del cargo de los funcionarios que trabajaban en cada uno de ellos.

El techo de la planta baja es sumamente alto debido a que por ahí entraban los carruajes que se estacionaban en el patio central. En el primer piso el techo es bajo, pues se consideró un espacio para oficinas y, por lo tanto, el personal que ahí laboraba no

tenía ningún rango. El del tercer piso vuelve a ser alto, porque ahí estarían las oficinas de los directivos, así como el espacio donde se recibiría a los visitantes extranjeros.

Al terminarse estos trabajos con todos estos parámetros requeridos, el edificio fue adjudicado por decreto presidencial e inaugurado en 1911 por Francisco I. Madero.

Luego esta notable construcción fue testigo de la historia y por más de medio siglo no se vieron alteradas significativamente sus cualidades y funciones (sin considerar que alguna vez fue sede del Archivo General de la Nación y también Museo del Telégrafo).

Hasta que en 1982, por decreto presidencial, se fundó en este edificio de estilo ecléctico el novísimo Museo Nacional de Arte (MUNAL), como respuesta a una necesidad cultural manifestada por la crítica especializada, los estudiosos y el público en general, con el propósito de congregar en un solo museo una panorámica del arte mexicano a la manera de las grandes galerías nacionales.

Desde sus inicios, el museo compartió espacios con la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, pues 40 por ciento del edificio estuvo ocupado por Telégrafos Nacionales. Alguna vez fue Archivo General de la Nación. También hubo ahí un local de Alcohólicos Anónimos, una peluquería y un restaurante que daba servicio a todos los burócratas de la zona, e incluso en la azotea había una guardería del Seguro Social para 900 niños.

Con estas limitaciones y las penurias que siempre han existido en el ámbito cultural de nuestro país, el museo se abocó a consolidar una aproximación genérica y cronológica, a partir de la época prehispánica (*Cihuatetéotl*, una escultura azteca del siglo XVI) y hasta mediados del siglo XX (*Terror Cósmico*, del maestro Rufino Tamayo, 1954), con énfasis en el periodo comprendido a partir de la fundación de la Academia de San Carlos y hasta la culminación de la llamada Escuela Mexicana de Pintura.



El Globo, Ramón Cano Manilla, 1939

Su acervo se ha formado poco a poco con piezas de autores mexicanos procedentes de los museos del Palacio de Bellas Artes, de San Carlos, de Arte Moderno, de Arte Carrillo Gil, la Pinacoteca Virreinal, así como de la Dirección de Promoción Nacional, la Oficina de Registro de Obra, la Casa Leona Vicario, la Escuela de Diseño y Artesanías y hasta del Instituto de Protección al Ahorro Bancario (IPAB).

Este material fue clasificado de acuerdo con las diferentes tendencias o escuelas, como la academia, la costumbrista, la de los viajeros, la modernista, la simbolista o la muralista. Se propuso entonces un discurso apegado al desarrollo histórico del arte mexicano que sólo fue relativamente modificado en 1986 y 1989.

Nuevamente, en 1997 los reajustes del sistema sacuden la sede de exposición y resguardo de algunas obras de los más sobresalientes creadores de la plástica mexicana, tales como Miguel Cabrera, José Clemente Orozco, Tina Modotti, Frida Kahlo, David Alfaro Siqueiros, Manuel Tolsá, José María Velasco, Gerardo Murillo (Dr. Atl), Saturnino Herrán, Diego Rivera, María Izquierdo y Rufino Tamayo, entre otros.

En abril de 1998 en el Museo Nacional de Arte, ante la inminente sesión de los espacios ocupados

por Telégrafos Nacionales y la SCT, se inició el desarrollo de un proyecto que consideró la distribución de los espacios acordes a una museología de vanguardia, así como la modernización de las instalaciones en aras de la preservación y exhibición del acervo del museo, el cual creció con las donaciones y comodatos que provienen de varias grandes colecciones (Galería de Arte Whitechapel, de Londres; José Chávez Morado, María Asúnsolo, Blanca Vermeersch de Maples Arce y Ricardo Pérez Escamilla) y que asciende a cuatro mil 974 obras.

Durante 1999-2000 tuvieron lugar intensas sesiones de trabajo en donde curadores, museógrafos y arquitectos definieron los nuevos criterios conceptuales y formales que sustentarían las modificaciones en los guiones museológicos y museográficos, así como en la reestructuración del edificio.

En la remodelación del museo no sólo participó CONACULTA, sino también el INBA, el Patronato del Museo Nacional de Arte, además de personajes e instituciones de la iniciativa privada.

Los fondos recaudados fueron de aproximadamente 93 millones de pesos para llevar a cabo el ambicioso Proyecto MUNAL 2000 y crear un museo

para el público, no para los especialistas, apostando por un recorrido ágil y sintético, con lenguaje didáctico y ameno, que pudiera proporcionar una visión global del arte mexicano.

MUNAL 2000 abarcó cuatro aspectos fundamentales que son: el arquitectónico, técnico-museológico, curatorial-museográfico, de imagen intramuros y de interpretación social. La posibilidad de contar con 40 por ciento más de espacio permitió concebir un plan integral del museo.

El proyecto de rescate arquitectónico, responsabilidad del arquitecto Alfonso Govea, permitió plantear innovaciones desde el punto de vista museológico, con salas temporales alternas, salas monotemáticas y espacios de interpretación.

De acuerdo con el plan maestro, en la planta del sótano se reubicaron la tienda y los servicios especializados (talleres y archivo histórico). En la planta baja se contempló ubicar las salas de exposiciones temporales, la bodega de obra en tránsito, los servicios al público y una cafetería. En el primero y segundo niveles, las salas de exposiciones permanentes, con los espacios de interpretación. El área anteriormente dedicada a las oficinas, ubicada también en el segundo nivel, recuperaría su función original: la de biblioteca.

En el tercer piso se planeó demoler unos añadidos de los años 30, al igual que construir dos cuerpos nuevos, para poder albergar las nuevas oficinas, la bodega de obra y la curaduría. Incluso, el área donde todavía se despachan telegramas se pensó como un museo de sitio de Telégrafos. Además se contempló la instalación de un nuevo sistema de elevadores y montacargas.

A saber, las áreas útiles aumentaron considerablemente: en el sótano, de 210 a mil 495 metros cuadrados; en la planta baja, de 774.80 a mil 132 metros cuadrados; en el primero y segundo pisos, de tres mil 706 a cinco mil 655 metros cuadrados; en el tercer piso, de 445 a 606 metros cuadrados.

También se descargó peso a la estructura del edificio de 18 mil 043 a 16 mil 042 toneladas, para llegar a un incremento de 514 toneladas con respecto al proyecto original de Silvio Contri.

En noviembre de 2000 se reabrió el MUNAL luego de un año de haber sido cerrado al público después de una remodelación, cuyo costo ascendió a 141 millones de pesos, utilizando el cien por cien de las instalaciones del inmueble localizado en Tacuba 8, en la Plaza Tolsá, rodeado por la sede del Senado de la República, el Palacio de Minería y la Biblioteca del Banco de México. Sin embargo, hubo inversiones



Valle de México, José Ma Velasco, 1908

diferidas como el auditorio, que está en obra negra, la iluminación que da a la Plaza Tolsá y una techumbre retráctil para el patio.

El primer gran cambio es precisamente que no haya Colección Permanente, sino que la mayoría de las obras, excepto las fundamentales, se renueven con el fin de que todas tengan la misma oportunidad de ser apreciadas.

Las autoridades administrativas del museo crearon dos tipos de recorridos a través de las distintas salas que se encuentran en el primero y segundo pisos del edificio.

El denominado recorrido histórico-artístico se compone de 33 salas en dos apartados donde el público puede apreciar magníficas muestras del arte nacional desde el siglo XVI hasta mediados del siglo XX: arte prehispánico; arte novohispano; la Academia; artistas viajeros; estampa, pintura religiosa del siglo XIX; pintura de historia; costumbrismo y escultura del siglo XIX.

Otra de las novedades es el recorrido alterno conformado por salas monotemáticas, salas hipertextuales y de colecciones especiales, que permiten un análisis simultáneo del desarrollo del arte en diferentes épocas y complementan el guión histórico-temático incursionando en lo prehispánico, el arte contemporáneo, la arquitectura y el diseño, entre otras cuestiones.

Se buscaba construir un paradigma del museo del siglo XXI, con las condiciones arquitectónicas, técnicas, museológicas y museográficas necesarias para ello, aprovechando el diseño arquitectónico original de Silvio Contri.

Se logró proponer métodos alternativos de acercamiento con la obra plástica y una experiencia estética más significativa con un mode-



Silueta de la Estatua Ecuestre de Carlos V

lo ajeno al convencional. La re-modelación también logró que el recorrido por este museo sea muy ágil para los visitantes.

El Museo Nacional de Arte consiguió su objetivo al despuntar el nuevo milenio y descubrirse no sólo como el museo de arte más importante en México, sino en toda América Latina. Quizá en el ámbito mundial se consolide como el *Louvre* mexicano, enclavado en el corazón de la capital.

